

PENSANDO EL PROBLEMA DE LA SUBJETIVIDAD FEMENINA DESDE LA ESTETICA.

Patricia Corres Ayala.

Introducción.-

La subjetividad como tema es algo que ocupa a las ciencias humanas o sociales en la actualidad.

La subjetividad como problema es algo que pre-ocupa a todos los que creemos en el sujeto, aún cuando ya se hayan superado las concepciones ahistóricas de las que surge, formuladas a lo largo de la trayectoria que sigue la filosofía moderna desde René Descartes hasta Emanuel Kant.

Las polémicas que con respecto al sujeto construyen filósofos como M. Foucault, nos reflejan la cantidad de cambios y reacomodos que se han producido durante los últimos 30 años en las formaciones políticas y sociales, que a la vez nos hablan del problema del poder.

Estas transformaciones se expresan en el terreno de las relaciones entre gobernantes y gobernados, así como también se manifiestan en las dinámicas que vinculan a los individuos, conformando su cotidianeidad.

Los análisis marxistas utilizados para la comprensión del funcionamiento del poder a nivel sociopolítico, constituyeron una aproximación importante a este problema, especialmente aquéllos que desarrollan el concepto de ideología como forma globalizante e individualizada de control social.

No obstante, debe reconocerse que el uso de las categorías marxistas para el estudio de la realidad social, resultó limitante al momento en que los cambios sociales no se concibieron de manera exclusiva en el terreno de la política sino que, al ampliarse la noción de poder, la mirada del estudioso se dirigió hacia los movimientos minoritarios que estaban (y están) siendo el síntoma de importantes cambios en el modo como los individuos viven y se viven diariamente, en sus relaciones intersubjetivas.

De ahí que planteamientos como los de Foucault abrieran una vía para pensar estos movimientos como luchas de resistencia al poder ejercido sobre los individuos, el cual consiste en estructurar su campo posible de acción, con el fin de sostener toda una estructura de organización socio-política.

Los movimientos feministas son un caso de lucha de resistencia al poder, en el sentido de que a través de ellos se rechaza la identidad establecida para las mujeres, en la sociedad moderna, y se busca una redefinición de lo femenino, donde el campo de posibilidades sea más variado y se faciliten la realización de actividades y modos de vida más satisfactorios en el aspecto humano.

El problema de las subjetividades femenina y masculina se encuentra, entonces, ubicado en torno a una visión ampliada de la noción de poder, donde la dominación es la que le da el nombre de sujeto al sujeto, pues esta palabra equivale a decir: 1) sometido a un conjunto de dispositivos que lo llevan a actuar de determinada manera, y no de otra; 2) sujeto a las conceptualizaciones que cada uno de nosotros maneja de sí mismo y

de los demás, en términos de lo que las formas de saber institucionalizadas dicen quiénes somos.

Para enfrentar el problema de las subjetividades, se pueden pensar dos caminos: 1) constituir otras definiciones de subjetividad masculina y femenina que se rebelen en contra de las hasta ahora vigentes en la sociedad moderna; o bien 2) pensar lo femenino y lo masculino no en el marco de la subjetividad sino en la dimensión de la estética considerada como el gusto por la vida. La primera opción no nos atrae porque a un metarrelato estaríamos contraponiéndole otro, es decir, cometeríamos el error que criticamos. Como metarrelatos entendemos esas nociones globalizantes y totalizadoras cuya función es la de legitimar las versiones acerca de la realidad, por lo cual son expresión de la violencia ideológica. (Vattimo, 1991).

Nuestra vía es la de la reflexión sobre la estética y todos sus concomitantes, incluyendo en ellos: el placer, la satisfacción, el deseo, el gusto, el goce, el erotismo, la creación, la recreación, la imaginación, el sueño y la ilusión.

El poder y los movimientos de resistencia.-

El poder es un factor que atraviesa todos los valores filosóficos, sociales, humanos. Desde la fundación de la racionalidad científico-filosófica en el pensamiento socrático, la razón se plantea como el valor rector de la constitución de nuevos saberes y el avance hacia lo que serán las sociedades occidentales.

De los tres ideales humanos tratados por la racionalidad en su epistemología, su estética y su ética, la verdad sobredetermina la belleza y la bondad, conformando un mundo donde los modos de ser y de gozar tendrán que diseñarse en función de un orden social basado en jerarquías y dinámicas de poder.

La importancia que en la actualidad adquieren los estudios de M. Foucault acerca del sujeto y la modernidad se debe, entre otras cosas, al modo en que dicho autor los caracteriza, señalando el énfasis que la sociedad moderna le da a la producción y a la sexualidad.

Las expresiones de la sociedad moderna, a través de las cuales Foucault propone que se haga un análisis del poder, son los movimientos de resistencia que se levantan en contra de esta dinámica de dominación que se encuentra en la vida cotidiana, y clasifica a los individuos en categorías, atándolos a identidades impuestas.

Estos movimientos de resistencia refieren precisamente a los dos aspectos más señalados por la modernidad: la producción y la sexualidad.

La producción en el sentido de que, por ejemplo, los movimientos de estudiantes cuestionan las profesiones no únicamente porque en un momento dado no les proporcionen un ingreso que les permita sobrevivir, sino también por el modo como están constituidas en cuanto formas de saber que finalmente sirven a poderes establecidos. O sea que no se trata únicamente del aspecto económico del saber como un oficio, sino también de su carácter ideológico en tanto que él funciona como una concepción totalizante e impuesta, del mundo.

La diferencia de este planteamiento en relación con el marxista, consiste en que durante el siglo XIX la producción se piensa principalmente en el sentido de bienes materiales, de ahí la importancia del estudio de los movimientos obreros y de los partidos políticos. Ahora, coincidiendo con los movimientos de minorías, el problema de la producción se plantea desde preguntarse acerca del por qué de las clasificaciones en las ciencias y su jerarquización, lo cual nos lleva a pensar en los determinantes a partir de los cuales se constituyen los diferentes saberes en las sociedades (Foucault).

Por otra parte, los movimientos de homosexuales y lesbianas cuestionan la normatividad que regula las prácticas sexuales en el sentido de que reclaman cambios en la finalidad de la vida sexual, la cual no únicamente debe relacionarse con la reproducción, sino que debe verse principalmente como una fuente de placer.

También en este aspecto existen diferencias significativas entre el manejo que se hace de la sexualidad a finales del siglo XIX, y lo que se considera actualmente de ella; ya que en el psicoanálisis freudiano la sexualidad se plantea principalmente como paradigma para la clasificación y el manejo de las patologías. En cambio, actualmente lo que mueve a pensar en la sexualidad es que se le ha dado un carácter exclusivamente reproductivo; esto es lo que cuestionan los mencionados movimientos de minorías, que insisten en la parte placentera y satisfactoria de las experiencias sexuales.

En el mismo sentido se han desarrollado las nuevas perspectivas teórico-prácticas que abordan el tema de la sexualidad, las cuales enfatizan sobre el valor hedonista de la vida sexual.

Sexualidad y producción en la sociedad moderna.-

Como una característica de las sociedades modernas existe la de considerar, además del valor reproductivo del sexo (con lo cual se refuerza una de sus más importantes instituciones, la familia), el valor **uso** y el valor **mercado**. Estas dos últimas connotaciones se aplican igualmente a la producción y han terminado por devaluar tanto la función del conocimiento, como la del placer; además, han traído consecuencias lamentables en el terreno de la ética intelectual y sexual.

Son los desarrollos de la nueva racionalidad los que nos han llevado a vivir una sexualidad y un saber de uso y de mercado, que imponen una **ética comerciante** donde las experiencias que resultan de ambos, se consideran simplemente como objeto de intercambio, de consumo, desechable. De tal modo, tanto la sexualidad como el saber resultan ser el producto del artificio que la publicidad construye de ellos.

Para pensar al saber y la sexualidad de manera diferente, no podemos continuar sobre la línea de la racionalidad. En su lugar, la búsqueda de nuevas perspectivas la haremos rescatando elementos del pensamiento mítico, para el cual la estética se considera como punto de partida; la estética en cuanto principio hedonista: buscar el placer de vivir, ensayando todas las formas de realización humana, considerando que el gusto es un valor importante y no sólo lo que es del orden de la necesidad.

La estética como gusto, no únicamente referido y agotado en la sexualidad, será nuestro eje ordenador de una epistemología y una ética diferentes a las que se desprenden de la racionalidad, la cual ha expresado su desprecio al gusto, considerándolo permanentemente como la decadencia de las civilizaciones, el desenfreno de los individuos, la pérdida de las conciencias, para luego, después de todo, rescatar sus producciones a lo largo de la historia, almacenándolas en los museos de arte.

La racionalidad y el gusto.-

El gusto y la racionalidad se han planteado como incompatibles, desde el momento en que el primero es subjetivo y la segunda presume de ser universal. Al gusto se le identifica con la apariencia; se le califica de cambiante, superficial, inútil, innecesario, prescindible. En cambio, la racionalidad, además de presentarse como universal, conforma la concepción de un mundo regido por el principio de razón suficiente: "todas las cosas suceden por algo; hay un por qué para todas las cosas." Este principio se apoya en la idea de **necesidad**, en la que a su vez se basa la causalidad. Lo que es necesario es útil, sustancial, de fondo, permanente, imprescindible.

Si revisamos la historia occidental, encontramos que la racionalidad griega, privilegia la idea y la lógica sobre la sensibilidad y la imaginación (o el sueño), pues ambas -dice Platón- crean opinión mas no conocimiento.

La racionalidad medieval desprecia al gusto en su forma de placer sensual, concibiendo al cuerpo como fuente de tentación; además, considera pecados capitales a los actos más naturales: comer, sexual, descansar, etc.

En este pensamiento se hereda la noción de **mesura**, de equilibrio, propia de la filosofía aristotélica; lo que no se retoman son los parámetros a partir de los cuales un acto es excesivo o no; y, dadas las enormes diferencias en cuanto a la vida social de los griegos y del medioevo, muy probablemente no se aplicaron los mismos criterios.

Por su parte, la racionalidad cartesiana retoma de la tradición filosófica, la desconfianza hacia lo que los sentidos nos puedan comunicar del mundo real. Además, en su búsqueda de una sola verdad, considera que la diversidad nos pierde del camino del conocimiento. El gusto es sensibilidad y es diverso, subjetivo.

Finalmente, la racionalidad moderna en la época actual, acaba con el gusto al exhibir su obscenidad (Baudrillard), en la cual se sintetizan de manera ejemplar, los valores de **mercado** y de **uso**. Pues aún cuando parezca que la modernidad es la cultura del placer, de hecho sucede que en ella se han descuidado las formas sociales bajo las cuales se haría posible que los individuos experimentaran un estilo estético de vida.

Y es que el gusto por la vida no únicamente se conforma de la sexualidad. Y es que el gusto en las experiencias sexuales va más allá de que en ellas intervengan los objetos de deseo. Porque el gusto es una experiencia entre **sujetos de placer**.

En esta historia de marginación del gusto, a través de sus diversas expresiones, es importante observar el manejo que se ha hecho de la figura femenina, como depositaria de las debilidades de la razón, que a su vez se vinculan con el placer: la pasión, el

deseo, el sueño, las ilusiones, el cuerpo, el juego, etc... Efectivamente, el espíritu femenino ha tenido a su cargo el desarrollo y el cumplimiento del gusto, además de que lo ha considerado como el sentido-sin sentido de la vida humana.

El gusto por los adornos, el gusto por la ilusión, por el sueño; el gusto de hacer y comer la comida, el gusto de jugar, de caminar sin tener que llegar a algún lugar en especial, el gusto de comunicar sin pretender expresar una conclusión acerca de algo, el gusto de hacer el amor...todo esto y más, por gusto y no por necesidad.

En fin, el gusto ha sido la principal fuente de vida, pero la racionalidad le ha querido usurpar su lugar, desprestigiándolo; ha construido versiones perversas de él, lo ha asociado con la muerte, con la decadencia, con la degeneración. Siempre lo ha contrapuesto a la actividad del trabajo, que es la ocupación y el sustento de una colectividad, la cual no podría dedicarse a producir sus medios de supervivencia, si se dejara llevar por la experiencia del gusto, que es el placer, o por la tendencia hacia el mismo, que es el deseo.

Para acabar con él, la racionalidad siempre ha querido apropiarse del gusto; lo primero que ha hecho es disociarlo de todo lo que tenga que ver con la producción y con la reproducción: lo ha sacado de la vida de los individuos, lo ha metido en los museos; los museos son los mausoleos del gusto. También lo ha explotado asociándolo al mercado y al uso. El vestido, la comida y el sexo se han visto como valores de uso. La moda es el vicio de gastar, no el placer de gustarse y gustar. Comer es una forma enajenante y compulsiva de sustituir con la saciedad y el hastío, el gusto por vivir; en vez de que sea un acto a través del cual saboreamos la vida. En las prácticas sexuales, anulamos al otro y nos despreciamos a nosotros mismos, pues las vivimos como una relación entre objetos, en lugar de sentir al otro y experimentar como sujetos.

Otra forma que ha utilizado la racionalidad para anular al gusto, es supeditarlo al poder en sus dos formas: 1) como voluntad individual, que lucha contra los instintos (que buscan el placer); y 2) como voluntad que sin ser colectiva, se impone a una colectividad, diseñándola de tal modo que la felicidad individual sea incompatible con la social.

La tradición filosófica ha insistido en que el grado superior del hombre se logra cuando éste finalmente somete sus impulsos a la razón, que es la suprema facultad. Por otro lado, la moral social racional se ha encargado de establecer una ética en la que no quepa goce alguno individual, pues esto puede atentar al orden común (Ej. la ética kantiana).

No a la subjetividad, Si al gusto.-

Los dos conceptos de la modernidad, a partir de los cuales se le otorga una identidad a los seres humanos son el de **individuo** y el de **sujeto**; ambos se construyen desde la noción de **poder**. Por tanto, ambas nociones aluden a relaciones de obediencia, de dominación; en este sentido, se vinculan a las cuestiones relativas al Estado y al gobierno.

A propósito, M. Foucault, en sus escritos sobre sujeto y poder, maneja dos acepciones de la palabra sujeto: 1) sometido a

otro a través del control y la dependencia; y 2) atado a su propia identidad por la conciencia o el conocimiento que tiene de sí mismo, según las versiones del saber legitimado. Para este autor, la subjetividad es un problema político, ético, social y filosófico que nos enfrenta a la necesidad de liberarnos del Estado y del tipo de individualización vinculado a él.

Sujeto y poder se encuentran directamente relacionados pues al ser éste último un conjunto de acciones sobre acciones, los individuos que gobiernan estructuran el posible campo de acción de los otros, quienes se circunscriben a él.

Por tanto la propuesta del autor gira en torno de fomentar nuevas formas de subjetividad mediante el rechazo del tipo de individualidad que se nos ha impuesto durante siglos, a través del desarrollo de estrategias de lucha para cambiar las relaciones de poder.

Por otra parte, Veyne nos define al individuo como un ser ligado a su propia identidad por la conciencia o el conocimiento de sí. El señala la importancia de la incidencia que tiene el poder público en la concepción que cada uno de nosotros nos formamos de sí; nos dice: El poder público "hiere al individuo cuando se desvirtúa su imagen de sí en la relación que tiene consigo mismo al obedecer al Estado o a la sociedad." (Veyne P.).

Ambos análisis, el de Foucault y el de Veyne, van en el sentido de cuestionar el estado de cosas de la sociedad moderna; se orientan hacia la redefinición de las sociedades y de las subjetividades. El reclamo de ciertas voces feministas se confunde en esta línea y plantea, igualmente, la necesidad de luchar por la definición de una subjetividad femenina que sea reconocida por el mundo, pues el mundo solo reconoce la subjetividad masculina y está diseñado en función de ella.

No rescatamos el valor que significa el hecho de que la subjetividad femenina no esté del todo constituida, pues lo estamos manejando como una carencia en vez de una virtud. Ignoramos que lo femenino no se ubica en la dimensión del poder-sujeción-individuación, sino que se constituye y se despliega en la dimensión estética.

Diferimos con aquellas interpretaciones que desvirtúan lo femenino por privilegiar el gusto y escapar a la definición de una subjetividad. Estamos más de acuerdo con la idea de que lo femenino es plural, fluido, contiguo, próximo, y nunca referido ala conformación de una subjetividad. (Lipovetsky).

Desarrollar una perspectiva estética del mundo es pues, repensar el gusto por la vida, en sus expresiones actuales y posibles. Es diseñar estilos de vida sobre la base del placer, pero no disociado, enajenado, porque entonces deja de serlo. Es vivir el goce más que el deseo. El pensamiento moderno enfatiza en éste último porque al convencernos de que son más nuestras carencias que nuestras posesiones, nos hace víctimas del mercado y del uso.

La sexualidad en la sociedad moderna y el gusto.-

Una manera de analizar los efectos de la racionalidad y sus formas de poder, es viendo cómo ha transcurrido la vida sexual de los individuos en las últimas décadas.

Para la modernidad, el cuerpo viril es completo, sólo concibe jerarquías y percibe en función de incompatibilidades. La sociedad moderna es la sociedad del culto al cuerpo y al alma masculinos. Freud tiene razón -dice Baudrillard- no hay más que una sola sexualidad, una sola libido -masculina. la sexualidad es esta estructura fuerte, discriminante, centrada en el falo, la castración, el nombre del padre, la represión. No hay otra. De nada sirve soñar con una sexualidad no fálica, no señalada, no marcada.

El cuerpo femenino se considera y se vive como falta, carencia. El código de la virilidad esclaviza tanto a la mujer como al hombre porque éste último tiene que encontrar ahí su identidad y la mujer debe justificar su existencia viviendo en función del culto a la virilidad. Hombres y mujeres se encuentran dominados por el ritual del orgasmo masculino que se convierte en la única finalidad de la relación amorosa, que es el elemento fundamental de la identidad masculina.

El placer en el hombre se reduce a la eyaculación y se busca en un deseo hecho objeto; no puede desplegarse en la variedad de experiencias posibles.

El hecho de ver a la pareja como objeto de deseo y no como sujeto de placer, es parte de ese proceso de nulificación de la realidad del otro y de la negación del otro como realidad. Es desconocer que el amor es una "locura compartida" y en ello radica el placer de vivirlo.

El amor, como el gusto, no es del orden de la comprensión, del conocimiento: cuando amamos no entendemos ni el por qué de nuestra elección, ni a quién finalmente elegimos. El amor es un estado de seducción permanente donde los amantes se dicen: "yo no estoy donde tú estás, yo naufrago donde tú no te estremeces; no tendrás visión clara ni percepción neta de mí, pues yo no soy nada en los términos que tú puedes entender" (Bruchner y Finkelkaut).

Por éso es peligroso y hasta dañino pretender la construcción de identidades en función del saber-poder. Porque entonces acabamos con lo desconocido, con lo oculto, misterioso y atractivo de la sexualidad como expresión del gusto. Lo femenino seduce - dice Baudrillard- porque nunca está donde se piensa.

Tal vez sería más sugerente adoptar una actitud de aventura y de expectativa ante lo femenino, antes que ser atrapados por la angustia de no tener la aburrida certidumbre de quienes somos.

Bibliografía.-

- Baudrillard J.-De la seducción-Cátedra-1986.
- Bruckner P. y A. Finkielkraut-El nuevo desorden bamoso-Ed.Anagrama-1989.
- Dreyfus H. y P. Rabinow.- Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica.- U.N.A.M. 1988.
- Nietzsche F. La naissance de la tragédie-ídees Gallimard-1949.
- Vattimo G. - Etica de la interpretación-Paidós Studio. 1991.
- Veyne P. y otros- Sobre el individuo-Paidos studio-1990.